



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma

31 – El misterio de la Isla Esmeralda

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 31 ~ El misterio de la Isla Esmeralda

“De cómo nuestra peculiar embajada vuelve a la nave Mansuriya a toda prisa y parte de Limasol rumbo a Roma, después del altercado en el puerto y tras haber conseguido el capitán fidaui Ibrahim, Paladín de Doncellas, la nada despreciable cantidad de diez mil



monedas de oro de manos del babb de Chipre, y eso, incluso tras haber dado muerte a su hijo Abd El-Ahad por un plato de pescaditos. ¡En fin, cosas de Ibrahim!

Ahora, ya en el mar, y en las proximidades de Roma, una nueva aventura, siempre con ganancias e intereses, se cruza en el camino de nuestro aguerrido Ibrahim que, en compañía “algo forzada” de su primo Saad, se empeña en desembarcar en La Isla Esmeralda, célebre por la abundancia y calidad de sus frutos de todas clases, y por estar siempre fértil y verde. De hecho, el emperador Federico, recoge unas abundantes cosechas de sus

frutales; pero... ¡ay! Algo misterioso sucede en la hermosa isla verde, en la que en los últimos años no desembarca nadie, porque todo el que lo hace, encuentra allí la muerte. Ni siquiera los soldados enviados por Federico han conseguido salir vivos de La Esmeralda...”



Después de una larga travesía –Gloria a Aquel que sabe cuántos días durará–, y ya cerca de terminar su viaje, vieron en lontananza una isla esplendorosamente verde, que destacaba sobre la superficie del mar como una esmeralda. Ese día, Marín estaba en la cabina de la Mansuriya, en compañía de Edamor, Ibrahim, Saad y El-Batarni.

– En cuanto se avista la Isla Esmeralda, Roma no está lejos –afirmó El-Batarni durante la conversación.

– Dicen que allí habitan espíritus malignos, y nadie se atreve a acercarse –siguió comentando el corsario.

– Es cierto. Hace tiempo, esa isla pertenecía a mi tío Federico: cada año enviaba allí a unos patricios para recoger la fruta, que luego ponía a la venta en Roma. Los beneficios, que iban a parar al Tesoro, podrían elevarse hasta a unas diez *jaznehs* anuales. Pero desde hace diez años, en esa isla habita un monstruo tan espantoso, que nadie ha vuelto a atreverse a poner allí los pies para recoger la fruta.

Al escuchar esto, Ibrahim levantó la cabeza, y, volviéndose hacia El-Batarni, preguntó:

– Dime, corsario de los musulmanes, ¿no te gustaría hacer una escala en esa isla? A mí me apetece muchísimo visitarla.

– ¡No digas eso, *ghandar!* –le advirtió Marín– ¿Quién estaría tan harto de vivir como para exponerse a tal peligro?

– ¿Por qué, *babb?* ¿Dónde está el problema?

– Por mi religión, pues porque allí hay un monstruo marino de aspecto humano, conocido como El Ogro Espantoso: es tan terrorífico que con solo verle se pierde la razón. Mi tío Federico jamás ha podido eliminarle; tres veces seguidas ha mandado contra ese monstruo a un ejército entero, que nada más llegar fue masacrado y descuartizado. Así que desde entonces, esa isla ha pasado de ser la isla de los beneficios, a la de las pérdidas.

– Y ese monstruo, ¿cómo combate? –insistió Ibrahim.

– No tiene ni armas, ni cota de mallas, pero su piel es más dura que el bronce, y ni la *santa-maría*, ni la lanza pueden atravesarla. Además, posee una garras tan largas y afiladas, que es capaz de desgarrar y despedazar a cualquier guerrero, aunque llevara puestas siete corazas, una encima de otra. Eso es al menos lo que me han dicho, yo, jamás lo he visto.

– Bueno, Abu Baker, ¿qué estás esperando para poner rumbo a la isla? –repuso apaciblemente Ibrahim– Me muero de ganas de visitarla: como se suele decir: “el ojo disfruta con lo que nunca ha visto, y la oreja con oír lo que jamás ha oído!

– Renuncia a ese viaje, *jawand* –intervino Edamor–. No querría que te ocurriese una desgracia, y menos aún, en territorio extranjero. Vamos, por deferencia hacia nosotros, concédenos el perdón de esa isla, y no arriesgues tu vida inútilmente; como dice el proverbio: “mientras el mundo sea mundo, ningún temerario será digno de merecer alabanza alguna”.

– Emir Edamor, ¡lo juro por la cabeza de nuestro señor el sultán, y por el honor de mi antepasado Ali, que no pondré el pie en Roma, antes de haber visitado la Isla Esmeralda! –se obstinó Ibrahim.

– ¡Pero, hijo del Korani, créeme, eso es verdaderamente peligroso! –insistió Marín.

– Está bien, escucha, Ibrahim, ¡si insistes en ir allí, vete, pero nosotros no te acompañaremos! –le advirtió Edamor.

– ¡Nadie os lo ha pedido! –replicó Paladín de Doncellas– Iré yo solo con mi primo Saad.

– ¡Ah, de eso nada! –saltó indignado Saad– ¡Si tú quieres ir, te vas tú solo! Así, el Ogro Espantoso te rajará tu gorda panza, y nos quedaremos todos por fin tranquilos.

– Cómo, Saad, ¿tú serías capaz de repantingarte aquí en el navío, mientras yo bajo solo? –respondió Ibrahim en un tono de dolorosa sorpresa.

– Pues sí; como dice el refrán: “me preocupo por mi brazalete; pero no tanto como por mi brazo” ¡Sabes que siento mucho cariño por ti; pero no tanto como el que tengo por mi vida!

– ¿Así que te niegas a acompañarme? –insistió Ibrahim.

– ¡Pues va a ser que sí!

– De acuerdo, como quieras. Bueno, y ahora, Abu Baker, ¿me vas a llevar a esa isla, sí o no?

El-Batarni efectuó las maniobras necesarias, y, poco después, echaba el ancla frente a la Isla Esmeralda y lanzaba una barca al agua.

– Cuando quieras, Ibrahim –dispuso el corsario–. Ya estoy dispuesto para conducirte a tierra.

El valiente capitán, armado de pies a cabeza y todo enfundado de hierro, descendió pesadamente sobre la barquichuela.

– ¡Saad! –le llamó.

– ¡Ya te he dicho que yo me quedo aquí! Vete tú solo –le replicó Saad.

– Que no, cretino, no te he llamado para que te vengas conmigo: es que tengo algunos objetos de valor en mi bolsa, y querría darte algunos consejos a ese respecto, por si me ocurriera una desgracia. ¡Vamos, ven!

Saad se aproximó y se asomó por la borda, para escuchar a Ibrahim, que ya estaba abajo, sentado en la barca.

– ¡Acércate más, tengo que hablarte al oído! –insistió Paladín de Doncellas.

Inocentemente, el joven Saad se inclinó más, mientras que su primo, con el pretexto de hablarle al oído, se puso de pie. De repente, Ibrahim cogió a Saad por la cintura, y como si fuera una flor, lo depositó en la barca: a esa señal, que previamente había acordado con El-Batarni; éste la apartó con un diestro golpe de remo de la galera, y se alejó del navío a la par que el pobre Saad gritaba y vociferaba:

– ¡Te dije que yo no quería ir! ¿es que vas a obligarme a la fuerza?

– ¡Basta ya, Saad! –le replicó Ibrahim– ¡Si no te callas, le contaré todo a Aïsha de Bushnât, y cuando sepa que eres un cobarde, ya puedes correr para que se te abra de piernas el día de vuestra boda!

– ¡No, por favor, Ibrahim, no se lo vayas a decir! –le suplicó el joven Saad– ¡Te conjuro por el honor de tus mujeres! ¡Te beso las manos!

– ¡Vale, vale, cállate ya de una vez!

Saad, derrotado, guardó silencio; entonces, Abu Baker, que había llegado a la isla, les condujo hasta la orilla.

– No tardéis mucho –les aconsejó a los dos pasajeros–. Yo me quedo aquí a esperaros.

Ibrahim y Saad penetraron en la isla, caminando entre árboles cubiertos de fruta, en donde se posaban millares de pájaros que cantaban la gloria del Señor, desde el amanecer hasta el ocaso.

– ¡Por Dios, Saad, esta isla es maravillosa! –se extasiaba Ibrahim– Bien puedes decir que he tenido una buena idea al querer parar aquí.

Mientras andaban paseando, observó que los árboles estaban abandonados: en las ramas, junto a la fruta del año, se secaba la de la anterior estación, que aún no había caído al suelo, y en donde mucha más se pudría. Caminando de ese modo, llegaron al centro de la isla, y se pusieron a recoger fruta para comérsela.

En ese momento, Ibrahim observó que en el horizonte se elevaba un torbellino de polvo del que brotaban unos alaridos horribles, que hacían temblar la tierra y caer los árboles de alrededor. Enseguida se disipó la polvareda y vio aparecer, entre la frondosidad del bosque, una especie de gigante, totalmente desnudo, que agitaba unas garras largas y afiladas como cuchillos de acero. Tenía una cabeza gorda como la cúpula de un hamam, y entre sus dos enorme ojos, que lanzaban chispas, se destacaba un cuerno afilado como una lanza, aunque algo más corto; su boca estaba provista de colmillos puntiagudos como puñales, y lanzaba unos gruñidos y unos rugidos, que no se parecían a ninguna lengua humana. En fin, que tenía un aspecto tan horrible, que al verle, a Ibrahim se le pusieron los pelos de punta. Entonces, se volvió hacia su primo, pero se dio cuenta de que éste había desaparecido: espantado por los gritos del ogro, y aterrorizado ante su aparición, Saad se había refugiado en un árbol, acurrucado sobre la rama más alta, balbuciendo oraciones por su vida y por la de Ibrahim.

Ibrahim, pensando que Saad había huido para llegar a la costa, desenvainó su *shâkriyyeh*, la Devastadora, y esperando al ogro con firmeza, cuando estuvo a tiro, le golpeó con su arma, dándole en toda la espalda; pero la hoja rebotó con un ruido metálico, como la campana de un gran reloj. ¡Eso, a pesar de que ese golpe, propinado con un arma tan sólida, y además manejada por Ibrahim, habría podido partir una roca entera! El monstruo, sorprendido, se giró en redondo: Ibrahim aprovechó ese momento para golpearle de nuevo, obteniendo como único resultado que se le mellara la espada. Enfrentándose a su adversario, el ogro reculó unos diez pasos para darse impulso, y volvió a la carga, igual que hacen los leones. Ibrahim, al ver que sus armas no le servirían de

nada, y que las garras de su enemigo seguro que podían atravesar las cotas de malla más robustas; arrojó su espada, y agarró al ogro por los brazos, parándole en seco. El ogro quiso servirse de sus pies, pero Ibrahim había conseguido bloquearle las piernas, atenazándoselas con las suyas, pues si hubiera dejado al ogro usar sus extremidades inferiores, le habría infligido graves heridas, por las enormes garras que tenía en los pies.

Mientras los dos adversarios estaban entrelazados, el monstruo estiró el cuello para enganchar a Ibrahim con su cuerno. Pero fue en vano, pues su cabeza quedaba muy por encima de la de Ibrahim, que además llevaba un casco rematado en punta: Intentaba revolverse, pero no conseguía soltarse. La lucha prosiguió, indecisa, durante largos minutos: porque Ibrahim era un guerrero como se ven pocos, un héroe al que el Señor le había concedido una fuerza excepcional para asegurarle el triunfo en el ejército del Islam. Pero, a pesar de su vigor, Ibrahim pronto comenzó a debilitarse; el sudor le bañaba la frente y todo su cuerpo, hasta el punto de hacer un gran charco en la tierra. Además, el monstruo, cada poco rato, lanzaba un grito horrible que resonaba en toda la isla, algo que no dejaba de incomodar a su adversario. Sintiendo que no podría aguantar mucho más tiempo, el valiente capitán elevó, desde lo más profundo de su corazón, una ferviente plegaria a Dios, suplicándole que, en esa terrible prueba, acudiera en su ayuda.

Pero, hete aquí que durante esa pelea, Saad vigilaba la batalla desde lo alto de su árbol, temblando de cólera, pero sin saber cómo intervenir. Veía cómo el monstruo torcía el cuello a un lado y a otro, intentando cornear a Ibrahim, que gracias al casco puntiagudo que llevaba, estaba un poco al abrigo de graves heridas. Entonces, Saad, cogiendo su carcaj, montó una flecha envenenada, que colocó en su arco. Sí pero... ¿adónde debería apuntar? ¡Si ni siquiera la *shâkriyyeh* de Ibrahim había podido arañar la piel del ogro, cómo le iba a herir una simple flecha! Además, solo la cabeza del monstruo estaba a tiro del arco de Saad: el resto de su cuerpo estaba engarfiado por Ibrahim. Entonces, el joven apuntó cuidadosamente al ojo del monstruo –y hay que decir que tenía dos enormes ojos, más grandes que las lucernas de un hamam– y soltó la flecha, murmurando:

– ¡Concédeme tu protección, oh, ancestro mío, oh, Baba Omar, tú que fuiste el escudero del Profeta!

La flecha, de cobre rojo, dio de lleno en la diana, justo en medio de la niña del ojo. Bajo el repentino golpe de dolor; el monstruo lanzó un berrido espantoso. A dos horas de marcha de allí, los pasajeros del navío pudieron escucharlo, y creyeron que se trataba de un trueno. Con un gesto brusco, se liberó de los brazos de Ibrahim, haciendo que éste perdiera el equilibrio, y que trastabillando reculara siete codos; el monstruo se arrojó sobre él, pero, gracias a Dios, tropezó con unas raíces, y se desplomó de espaldas todo lo largo que era. Ibrahim, decidido a vender cara su vida, se abalanzó sobre él. Pero, el monstruo se había tapado el ojo con la mano derecha, pues le hacía sufrir mucho la herida, y entonces,

Ibrahim se dio cuenta de que, en el hueco de su axila había un lugar en el que la piel parecía hervir y sudar una espuma viscosa. Una misteriosa inspiración le sugirió que aquel era el único punto vulnerable de su adversario; así que desenvainó su puñal y, tras invocar la protección de Ali, el héroe de las puertas de Jaybar¹, se lo clavó hasta la vaina en la axila del monstruo y, aunque la hoja del puñal no medía más allá de cuatro palmos, y no era más largo que un simple cuchillo de cocina, eso fue suficiente, porque en el acto, el ogro lanzó un rugido aún más violento que el anterior, y cayéndose bruscamente de espaldas, dos espasmos consecutivos sacudieron su cuerpo, tras lo cual, entregó su alma al diablo.

Loco de alegría, Saad bajó de un brinco al suelo desde lo alto del árbol. Al verle aparecer de repente ante él, Ibrahim tuvo un sobresalto.

– ¡Ah, no tiene gracia, darme esos sustos! –gruñó Ibrahim– A ver, pedazo de blandengue ¿adónde te habías metido?

– ¡Blandengue yo! –exclamó Saad indignado.

– ¿Y tú cómo llamarías a alguien que abandonara a su primo en las garras de un monstruo?

– ¡Eso no es verdad! ¡Además, si yo hubiera sido un cobarde, me habría ido a refugiar a la barca!

– Bueno, entonces, ¿dónde estabas?

– ¡En el árbol! ¡Que sepas que gracias a mí tú has podido matar al Ogro Espantoso: si yo no le hubiera clavado una flecha en el centro del ojo, él te habría reventado tu gorda panza!

– De todos modos, es cierto que ese ogro era espantoso –comentó Ibrahim.

– ¡Vale, de acuerdo, y ahora mismo nos largamos de aquí!

– ¿Se puede saber por qué tantas prisas? Espera a que le corte la cabeza.

– ¡Anda y que el diablo se le lleve la cabeza, y la tuya con ella! ¿Por qué quieres que carguemos con semejante horror?

– ¡No seas tan negativo, Saad! Ven que te explique: ¿ves esa cabeza? Pues si Dios quiere, tengo la intención de venderla por su peso en oro al *babb* Federico.

Empuñando su *shâkriyyeh*, Ibrahim comenzó a darle unos tremendos tajos en la nuca al monstruo, sudando y jadeando como si estuviera picando piedras. Cuando Ibrahim se hubo agotado, Saad vino en su ayuda, y, mientras uno apoyaba la hoja de la *shâkriyyeh* sobre el pescuezo del ogro, el otro, calzado con sus botas de hierro, saltaba sobre la espada para

¹ Alusión a una hazaña legendaria, llevada a cabo por ‘Ali Ibn Abî Tâlib: en el asedio de Jaybar, éste habría arrancado la puerta de la ciudad y la habría arrojado sobre el foso para que sirviera como puente levadizo.

poder hundirla. En fin, que después de luchar y esforzarse durante más de una hora, por fin consiguieron separar la cabeza del tronco, que rodó por el suelo como una enorme roca.

– Estupendo, Saad, ya no tienes más que llevarla hasta la barca –le espetó Ibrahim.

– ¡Ah, de eso nada, ni hablar! –protestó Saad– ¡El que la ha cortado, se la lleva a costas!

Después de pelearse largo rato entre ellos, por fin se pusieron de acuerdo en llevarla rodando y empujándola con el pie, como si fuera una vulgar barrica, hasta la barca. De ese modo llegaron cerca de la playa en donde les estaba esperando El-Batarni en su chalupa. Al ver la cabeza del monstruo, abrió los ojos como platos:

– ¡Por mis barbas! –exclamó– Hijos míos ¿qué es ese horror que nos traéis?

– ¡Eso que ves ahí, Abu Baker, es la cabeza del Ogro Espantoso, el terror de Federico y de todos los habitantes de Roma! –proclamó orgullosamente Ibrahim.

– ¡Loado sea Dios que te ha devuelto sano y salvo, hijo! ¿Y qué queréis hacer con eso?

– ¡Anda, pues llevármola a Roma!

– ¡Malas noticias nos das! Déjala aquí, hijo, esa cabeza no nos va a traer más que enfermedades y pestes!

– ¡Que no, que no, Abu Baker! Voy a llevársela a Federico, y eso nos puede aportar un buen negocio. Vamos, corsario de los musulmanes, vete a avisar a Edamor y a Marín que ya pueden desembarcar sin temor.

El-Batarni se puso de nuevo a los remos y regresó a la nave para anunciar que Paladín de Doncellas había matado al Ogro Espantoso; naturalmente, los pasajeros se arremolinaron prestos a desembarcar en la isla. El primero en poner pie en tierra fue Edamor, que saltó al cuello de Ibrahim, dándole un fuerte abrazo y felicitándole por su afortunado éxito.

– ¡Vive Dios, capitán; ya puedes decir que has escapado a un inmenso peligro! Cuando el Ogro ha lanzado ese terrible grito, nosotros lo oímos desde el navío, y parecía que estaba justo a nuestro lado.

Mientras charlaban de esa guisa, Marín llegó y se unió al grupo; al ver la cabeza del ogro, hizo la señal de la cruz y dio gracias a Cristo.

– ¡Por mi religión, Ibn El-Korani, cuando mi tío Federico vea esta cabeza, te dará todo lo que quieras!

Pronto, una multitud alegre desembarcó en la playa; los sirvientes montaron las tiendas y los pabellones, pusieron las marmitas a hervir, degollaron unos cuantos corderos y en poco tiempo todo el mundo se reunió en torno al improvisado banquete. Después de satisfecho el apetito y loado a Su divina majestad, Ibrahim tomó la palabra:

– Amigos míos –comenzó a decir– me gustaría proponeros una cuestión.

– ¡Habla! –respondieron todos a coro.

– ¿Creéis que si yo no hubiera matado a este ogro, habría habido uno solo entre todos vosotros que habría podido desembarcar en esta isla?

– ¡Por supuesto que no, hijo del Korani! –respondió Marín– ¡Desde luego yo, no habría puesto el pie aquí, aunque hubieran colgado perlas de los árboles, en lugar de frutas!

– ¡Muy bien! –aprobó Ibrahim– En ese caso, ¿no creéis que sería justo que me abonarais algo así como un derecho de entrada?

– ¡Con mucho gusto! –respondió Marín tirando de su bolsa– ¡Por Dios que eres digno de eso y más!

Marín le entregó mil monedas de oro; el emir Edamor le ofreció otro tanto. Ibrahim se volvió hacia su primo.

– ¿Tú bromeas o qué? –exclamó Saad indignado– ¿Quieres hacerme pagar a mí también?

– Tú, igual que los demás, y todo el mundo que quiera entrar aquí.

– ¡Pero si yo no tengo un céntimo! Sabes de sobra que jamás he llevado dinero conmigo.

– No me interesa para nada ese dinero. Verás: toma como ejemplo al propietario de un jardín. Pues bien, supongamos que estuviera recogiendo su fruta, y que de pronto llegara allí una pandilla de pobretones, con ganas de hacer una fiestecilla en el campo: como no tienen nada que ofrecer, el propietario del jardín les da un cesto a cada uno, y les envía a recoger la fruta en su lugar...

– Déjalo ya –le interrumpió Edamor– ¡Vamos, muchachos –ordenó a sus mamelucos– id a recoger la fruta y con alegría!

– ¡Ojalá el buen Dios te patee el culo! –renegó Saad– ¿Se puede saber para qué narices necesitas esa fruta?

– ¡Pues para venderla en Roma! –remató Ibrahim, muy satisfecho de sí mismo.

– ¡Qué barbaridad! ¡Eres la mayor sanguijuela que jamás haya dado la tierra!

– ¡Basta ya de charlas, Saad, al tajo! –le cortó Ibrahim fulminándole con la mirada.

Levantándose muy a su pesar, el joven Saad se puso manos a la obra, secundado por sus hombres, a los que se unieron los de Ibrahim. Marín contribuyó igualmente con sus patricios. En fin, que todo el mundo se afanó en la recolección; unos, retirando la fruta, otros, llevándola hasta la orilla del mar, y como había cerca de dos mil hombres, no necesitaron más de dos días en recoger toda la producción de la isla. Los marinos transportaron el cargamento en las chalupas hasta los navíos y lo colocaron al fondo de las bodegas.

– Id a ver por si ha quedado alguna fruta olvidada –ordenó Ibrahim cuando todo hubo terminado.

– ¡Déjanos ya en paz, mi viejo! –estalló Saad– Por el honor de tus mujeres, ya no queda nada de nada.

– ¡Estoy seguro de que algo os habréis dejado por recoger!

– ¡Te digo que no queda nada! ¿A lo mejor es que quieres que cortemos los árboles para hacer leña y también venderla? En serio, ¡parece que hubieras comprado el derecho de explotación de la Isla Esmeralda a precio de oro y quisieras recuperarlo!



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:
IX.32 – “Últimos preparativos”